

Agatha Christie®



ATAÚD CERRADO



Un nuevo caso para
HÉRCULES POIROT,
uno de los más difíciles
de su vida



SOPHIE HANNAH

SOPHIE HANNAH

ATAÚD CERRADO

Un nuevo caso de Hércules Poirot

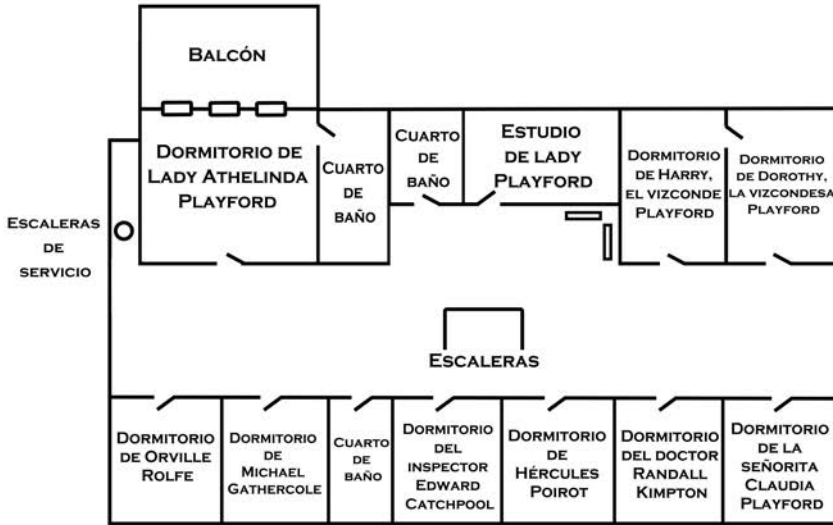
Agatha Christie

Traducción de Albert Vitó i Godina

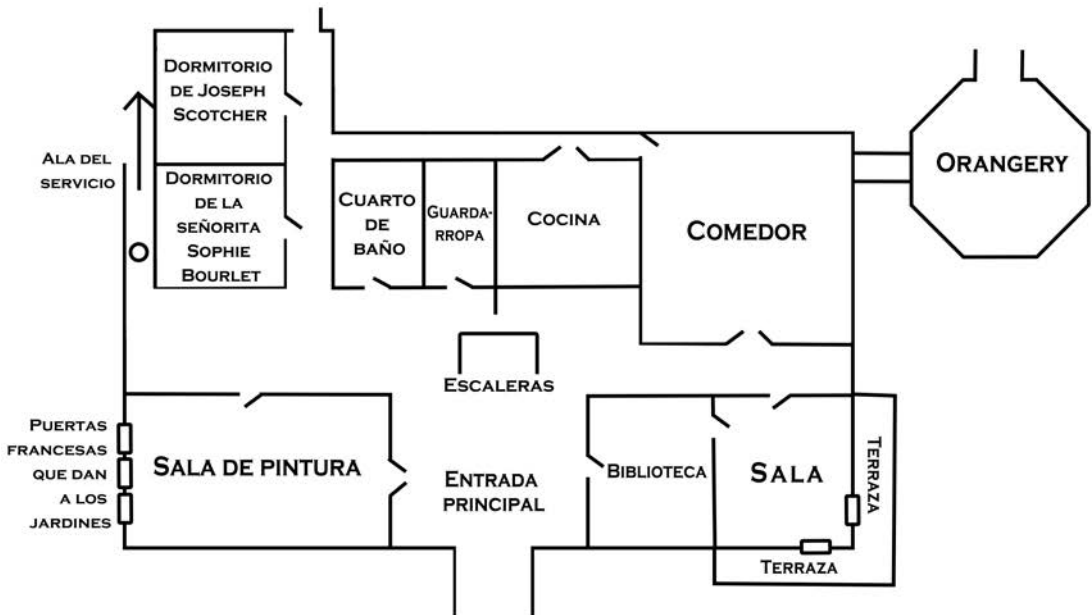

ESPASA

Primera parte

Lillieoak



Primera planta



Planta principal

Capítulo 1

Un testamento nuevo

Michael Gathercole miró fijamente la puerta cerrada que tenía delante. Intentaba convencerse de que era el momento de llamar, cuando el viejo reloj de pie del vestíbulo empezó a anunciar la hora con un tartamudeo.

A Gathercole le habían dicho que se presentara a las cuatro, y eran las cuatro en punto. No era la primera vez que esperaba en el amplio rellano de Lillieoak. Había estado allí varias veces durante los últimos seis años, pero sólo se había sentido más inquieto que ese día en una ocasión en la que había estado aguardando junto a otro hombre. Todavía recordaba hasta la última palabra de la conversación que ambos habían mantenido, aunque hubiera preferido no recordar ni una sola. Aplicándose la autodisciplina en la que tanto confiaba, ahuyentó el recuerdo de su mente.

Le habían advertido que la reunión de esa tarde sería difícil. La advertencia había formado parte de la convocatoria, algo típico de la anfitriona.

—Tengo que contarle algo que le caerá como un balde de agua fría...

Gathercole no lo dudaba. El aviso previo no le había servido para nada, puesto que no contenía información alguna sobre cómo podía prepararse para el mazazo que le esperaba.

Su inquietud se agravó cuando consultó su reloj de bol-

sillo y se dio cuenta de que entre las dudas, el gesto de sacar el reloj para consultar la hora, volver a guardárselo en el bolsillo del chaleco y sacarlo otra vez para consultarla de nuevo, al final había conseguido llegar tarde. Ya pasaba un minuto de las cuatro en punto cuando llamó a la puerta.

Sólo llegaba un minuto tarde, pero ella se daría cuenta. ¿Había algo de lo que ella no se diera cuenta? Aunque con un poco de suerte no haría ningún comentario al respecto.

—¡Entra, Michael!

La voz de lady Athelinda Playford sonó igual de animada que siempre. Tenía setenta años y una voz fuerte y clara como una campana bien bruñida. Gathercole nunca la había visto comportarse con seriedad. Siempre encontraba un motivo para el entusiasmo, y a menudo eran asuntos que alarmarían a cualquier persona convencional. Lady Playford tenía un talento natural para divertirse con lo intrascendente y lo controvertido por igual.

Desde que había descubierto sus novelas, cuando no era más que un niño solitario de diez años en un orfanato londinense, Gathercole había admirado sus historias sobre niños felices que resolvían misterios desconcertantes para la policía local. Seis años atrás, había conocido a su creadora y le había parecido tan encantadora e impredecible como sus libros. Nunca había esperado llegar muy lejos en la profesión que había elegido, pero lo había logrado, y había sido gracias a Athelinda Playford: a los treinta y seis años todavía era un hombre relativamente joven y ya era socio de un próspero bufete de abogados, Gathercole & Rolfe. La idea de que una empresa con beneficios llevara su apellido seguía asombrándole a pesar de los años.

Su lealtad hacia lady Playford superaba cualquier otro apego que pudiera haber sentido a lo largo de su vida. Aun así, el hecho de conocer personalmente a su autora favorita lo había llevado a admitir para sí mismo que pre-

fería que los escándalos y los sorprendentes giros argumentales sucedieran en el mundo distante y seguro de la ficción, y no en la realidad. Ni que decir tiene que lady Playford no compartía esa preferencia.

Empezó a abrir la puerta.

—¿Vas a...? ¡Ah! ¡Por fin! No te quedes ahí. Siéntate, siéntate, por favor. No llegaremos a ninguna parte si no empezamos de una vez.

Gathercole se sentó.

—Hola, Michael. —Ella le sonrió y Gathercole tuvo la misma sensación extraña de siempre: como si los ojos de ella lo hubieran recogido, le hubieran dado la vuelta y lo hubieran soltado de nuevo—. Ahora es cuando te toca decir «Hola, Athie». ¡Vamos, dilo! Después de tanto tiempo, debería salirte solo. Nada de «Buenas tardes, excelencia». Nada de «Buenos días, lady Playford». Un simple «Hola, Athie». ¿Tanto cuesta? ¡Ja! —Juntó las manos con una palmada—. ¡Pareces un espantapájaros! No comprendes por qué te he invitado a quedarte una semana, ¿verdad? Ni por qué he invitado también al señor Rolfe.

¿Los acuerdos que había cerrado Gathercole bastarían para cubrir su propia ausencia y la de Orville Rolfe? La idea de que pasaran cinco días seguidos alejados del despacho resultaba insólita, pero lady Playford era la clienta más ilustre del bufete. No se le podía negar algo así, si lo solicitaba.

—Apuesto a que te estás preguntando si habrá más invitados, Michael. Ya llegaremos a eso, pero todavía estoy esperando que me digas hola.

No tenía elección. El saludo que le pedía cada vez que se veían jamás salía de sus labios con naturalidad. Seguía las reglas con mucho gusto, pero si no había ninguna ley que prohibiera que alguien de su procedencia se dirigiese a la viuda del quinto vizconde Playford de Clonakilty como «Athie», Gathercole creía con fervor que alguien debería instaurarla.

Por eso le parecía un despropósito —y así se lo decía a sí mismo a menudo— que lady Playford, por quien estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, aprovechara la menor ocasión para burlarse de las reglas y de los que las obedecían, a los que solía llamar «tristes mojigatos».

—Hola, Athie.

—¡Eso es! —Abrió los brazos como lo haría una mujer que invitara a un hombre a involucrase en ellos, aunque Gathercole sabía que ésa no era la intención de lady Playford—. Ya está, ya puedes relajarte. ¡Aunque no demasiado! Tenemos que ocuparnos de asuntos importantes, pero antes quiero hablarte del fardo que tengo entre manos.

Lady Playford solía describir el libro en el que estaba trabajando como «el fardo». El último reposaba en un rincón de su escritorio, y hacia allí dirigió una mirada resentida. Más que una novela en curso, a Gathercole le pareció que era un verdadero torbellino de papel: páginas arrugadas y apiladas de cualquier manera, con las esquinas dobladas, cada una apuntando en una dirección.

La dama se levantó del sillón que estaba junto a la ventana. Gathercole se había dado cuenta de que lady Playford nunca miraba hacia fuera. Si tenía delante un ser humano al que podía prestar atención, no perdía el tiempo con la naturaleza. El ventanal del estudio permitía contemplar unas vistas magníficas: el jardín de rosas y, detrás, un extenso parterre, perfectamente cuadrado, en cuyo centro había una estatua con forma de ángel que su marido Guy, el difunto vizconde Playford, había encargado como regalo de aniversario para celebrar sus treinta años de matrimonio.

Cuando iba a verla, Gathercole siempre se fijaba en la estatua, en el césped y en los rosales, así como en el reloj de pie que tenía en el vestíbulo y en la lámpara de la mesa de la biblioteca, de bronce y con la pantalla de cristal emplomado con forma de caracol. Para él era importante; ese

ritual le proporcionaba una cierta sensación de estabilidad. Las cosas, que para Gathercole eran sólo los objetos inanimados y nunca el estado general de los asuntos, apenas cambiaban en Lillieoak. El escrutinio constante y meticoloso con el que lady Playford recibía a cualquiera que se cruzara en su camino implicaba una escasa atención a todo lo que era incapaz de hablar.

En el estudio, la sala en la que se encontraba con Gathercole en ese momento, había dos libros colocados del revés en la gran librería que ocupaba una única pared: *Shrimp Seddon y el collar de perlas* y *Shrimp Seddon y los calcetines de Navidad*. Llevaban boca abajo desde la primera vez que él había entrado en la casa. Seis años después, verlos del derecho le habría parecido desconcertante. Los estantes estaban reservados exclusivamente a los libros de Athelinda Playford. Los lomos aportaban una luminosidad muy necesaria en aquella habitación forrada de paneles de madera —franjas de color rojo, azul, verde, púrpura, naranja; colores diseñados para encajar con los gustos de los niños—, aunque ni siquiera ellos podían competir con la lustrosa nube de cabellos plateados de lady Playford.

La dama se plantó justo delante de Gathercole.

—Quiero hablar contigo acerca de mi testamento, Michael, y pedirte un favor. Pero primero: ¿hasta qué punto crees que un niño, un niño normal, está familiarizado con los procedimientos quirúrgicos para reconstruir una nariz?

—¿Una... nariz? —Gathercole habría preferido oír primero lo del testamento y dejar el favor para después. Las dos cosas parecían importantes, y tal vez guardasen relación. Las disposiciones testamentarias de lady Playford estaban estipuladas desde hacía tiempo. Todo era como tenía que ser. ¿Es posible que quisiera cambiar algo?

—No me saques de quicio, Michael. Es una pregunta de lo más simple. Tras un accidente de automóvil, o bien para corregir una deformidad. Una operación quirúrgica

para corregir la forma de una nariz. ¿Qué sabría un niño sobre algo así? ¿Sabría cómo se llama?

—Lo siento, no lo sé.

—¿Y tú? ¿Sabes cómo se llama?

—Yo diría «una operación», tanto si es para la nariz como para cualquier otra parte del cuerpo.

—Supongo que es posible conocer el nombre sin ser consciente de ello. A veces ocurre. —Lady Playford frunció el ceño—. Mmm, déjame que te pregunte otra cosa: llegas al despacho de una empresa que da empleo a diez hombres y a dos mujeres. Sin querer, oyes que algunos de esos hombres hablan sobre una de las mujeres. Se refieren a ella como «la Rinoceronte».

—No es que sea muy galante por su parte.

—Eso no importa. Al cabo de un rato, las dos mujeres vuelven a trabajar después del almuerzo. Una de ellas es de huesos finos, esbelta y de carácter afable, pero tiene un rostro bastante peculiar. Es difícil determinar qué falla en él, aunque de algún modo algo no acaba de encajar. La otra es una verdadera mole, el doble de mi tamaño, digamos. —Lady Playford era de estatura media, algo rolliza y de hombros estrechos, lo que en cierto modo le daba una apariencia tubular—. Además, tiene una mirada furiosa. Bueno pues, ¿cuál de las dos mujeres que te he descrito crees que es la Rinoceronte?

—La grandota, la feroz —respondió Gathercole enseguida.

—¡Excelente! Te has equivocado. En mi historia, la Rinoceronte resulta ser la chica delgada con los rasgos faciales extraños. Porque, verás..., ¡le reconstruyen la nariz después de un accidente mediante una operación quirúrgica llamada «rinoplastia»!

—Ah. Eso no lo sabía —dijo Gathercole.

—Pero temo que los niños no conozcan esa palabra, y escribo para ellos. Si tú no has oído hablar de la rinoplas-

tia... —Lady Playford suspiró—. Estoy dudando. Cuando se me ha ocurrido me ha entusiasmado, pero luego ha empezado a preocuparme que no se entendiera. ¿Resulta demasiado científico que la clave de la historia dependa de un procedimiento médico? Al fin y al cabo, nadie piensa en operaciones quirúrgicas a menos que sea necesario; salvo que tengan que someterse a una. Los niños no piensan en ese tipo de cosas, ¿verdad?

—Me gusta la idea —dijo Gathercole—. Tal vez sería conveniente dejar claro que la chica esbelta no es que tenga una cara extraña, sino una nariz extraña, de modo que los lectores cuenten con más pistas. Al principio de la historia podría usted decir que la chica tiene la nariz nueva gracias a una operación quirúrgica, y podría hacer que Shrimp descubriera de algún modo el nombre de la operación, para que el lector pueda ver cómo se sorprende al saberlo.

Shrimp Seddon era la heroína de diez años de los libros de ficción de lady Playford, la líder de una banda de niños detectives.

—De forma que el lector pueda percibir la sorpresa pero no descubrir la verdad, de momento. ¡Sí! Y tal vez Shrimp podría decirle a Podge: «¿A que no sabes cómo llaman a esa operación?», y que luego la interrumpen. Entonces puedo poner un capítulo sobre otra cosa, en el que la policía arrestará a la persona equivocada; aunque tendría que ser un error más grave que de costumbre, que arresten quizá al padre o a la madre de Shrimp, para que quien lo lea tenga ocasión de consultar lo de la rinoplastia a un médico, o de buscarlo en una enciclopedia, si lo desea. Pero tampoco dejaré mucho tiempo antes de que Shrimp lo revele todo. ¡Sí! Michael, sabía que podía confiar en ti. Eso ya está resuelto, pues. Ya podemos pasar a lo de mi testamento...

Volvió a la butaca que tenía junto a la ventana y se acomodó en ella.

—Quiero que me hagas un testamento nuevo.

Gathercole se quedó de piedra. Según los términos del testamento vigente de lady Playford, cuando falleciera, su cuantioso patrimonio debía dividirse a partes iguales entre los dos hijos que le quedaban: su hija Claudia y su hijo Harry, el sexto vizconde Playford de Clonakilty. Había dado a luz a un tercer hijo, Nicholas, pero había fallecido cuando aún era un niño.

—Quiero dejárselo todo a mi secretario, Joseph Scotcher —anunció con aquella voz clara como un repique de campanilla.

Gathercole se inclinó hacia delante desde su asiento. No tenía sentido intentar apartar de su mente aquellas palabras inoportunas. Las había oído y no podía fingir lo contrario.

¿Qué clase de gamberrada estaba preparando lady Playford? No podía estar hablando en serio. Tenía que ser una trampa. Sí, debía de ser eso. Gathercole se dio cuenta de lo que se proponía: primero, había despachado la parte más frívola —Rinoceronte, rinoplastia, todo muy ingenioso y divertido— para luego presentar una travesura más gorda como si fuera en serio.

—Estoy en mi sano juicio y hablo completamente en serio, Michael. Me gustaría que hicieras lo que te pido. Antes de la cena, por favor. ¿Por qué no te pones ya manos a la obra?

—Lady Playford...

—Athie —lo corrigió.

—Si está relacionado con la historia del rinoceronte, para ver si yo...

—De verdad que no, Michael. Nunca te he mentido y tampoco te estoy mintiendo ahora. Necesito que redactes un testamento nuevo. Para que Joseph Scotcher lo herede todo.

—Pero ¿y sus hijos?

—Claudia está a punto de casarse con una fortuna mu-

cho mayor que la mía y que además tiene forma de hombre: Randall Kimpton. No le faltará nada. Y Harry tiene la cabeza muy bien asentada sobre los hombros y una esposa que es de fiar, por enervante que pueda llegar a ser. El pobre Joseph necesita lo que puedo darle mucho más que Claudia o Harry.

—Me veo obligado a pedirle que se lo piense muy bien antes de...

—Michael, por favor, no seas bobo —exclamó lady Playford—. ¿Crees que la idea se me ha ocurrido cuando has llamado a la puerta, hace unos minutos? ¿No te parece que es más probable que lleve semanas o meses dándole vueltas? Me pides que me lo piense muy bien, y ya lo he hecho, te lo aseguro. Dicho esto, ¿ejercerás de testigo para mi testamento nuevo o tendré que llamar al señor Rolfe?

Así que ése era el motivo por el que Orville Rolfe había sido invitado a Lillieoak: por si él, Gathercole, se negaba a cumplir la orden.

—Hay otra cosa que me gustaría cambiar de mi testamento, al mismo tiempo: éste es el favor que te he pedido, si te acuerdas. En este caso aceptaría que te negaras, aunque espero que no sea así. Actualmente, Claudia y Harry aparecen nombrados como mis albaceas literarios, pero ya no me parece bien. Sería un honor para mí que tú, Michael, te encargaras de ello.

—¿Que sea... su albacea literario? —No daba crédito a lo que estaba oyendo. Durante casi un minuto se sintió demasiado abrumado para hablar. Todo aquello era un gran error. ¿Qué dirían los hijos de lady Playford al respecto? No podía aceptar de ningún modo—. ¿Harry y Claudia están al corriente de sus intenciones? —consiguió preguntar, al fin.

—No. Se enterarán esta noche, durante la cena. Y Joseph también. Por ahora los únicos que lo sabemos somos tú y yo.

—¿Ha tenido lugar algún conflicto en la familia del que yo no esté al tanto?

—¡En absoluto! —dijo lady Playford con una sonrisa—. Harry, Claudia y yo nos llevamos de maravilla. Hasta la cena de hoy, como mínimo.

—Yo... pero... sólo hace seis años que conoce a Joseph Scotcher. Lo conoció el mismo día que me conoció a mí.

—No hace falta que me cuentes lo que ya sé, Michael.

—Mientras que sus hijos... Además, tenía entendido que Joseph Scotcher...

—Dime, querido.

—¿Scotcher no sufre una enfermedad grave? —Para sí mismo, pero sin llegar a decirlo en voz alta, Gathercole añadió: «¿No cree que morirá antes que usted?».

Athelinda Playford no era joven, pero estaba llena de vitalidad. Costaba creer que alguien que disfrutaba de la vida como ella pudiera llegar a perderla.

—Es cierto, Joseph está muy enfermo —dijo—. Cada día se encuentra más débil. Por eso he tomado esta decisión tan inusual. Nunca te lo había dicho, pero seguro que te habrás dado cuenta de lo mucho que adoro a Joseph. Lo quiero como a un hijo, como si fuera sangre de mi sangre.

Gathercole sintió una tensión repentina en el pecho. Sí, se había dado cuenta, pero le parecía que había una diferencia inmensa entre saber algo y que se lo confirmaran. A partir de ahí empezó a pensar en cosas que lo superaban y que se esforzó en alejar de su cabeza.

—Joseph me ha dicho que según los médicos no le quedan más que unas semanas de vida.

—Pero entonces... creo que estoy bastante confundido —dijo Gathercole—. ¿Quiere hacer un testamento nuevo en beneficio de un hombre que sabe que no vivirá lo suficiente para disfrutar de su herencia?

—Nunca se sabe nada con total seguridad en este mundo, Michael.

—Pero ¿qué pasará si Scotcher fallece a causa de su enfermedad al cabo de unas semanas, como está previsto? Entonces ¿qué?

—Bueno, si se da el caso, volveremos al plan original y Harry y Claudia se dividirán la herencia a partes iguales.

—Tengo que preguntarle algo —dijo Gathercole, en quien había empezado a crecer una dolorosa ansiedad—. Perdone la impertinencia. ¿Tiene algún motivo para creer que morirá usted de forma inminente?

—¿Yo? —Lady Playford estalló en una carcajada—. Estoy fuerte como un roble. Espero seguir tirando muchos años más.

—Entonces Scotcher no heredará nada cuando usted fallezca, puesto que ya llevará años muerto, y el testamento nuevo no conseguirá sino crear discordia entre usted y sus hijos.

—Al contrario: mi nuevo testamento podría conseguir que suceda algo maravilloso —exclamó con entusiasmo.

—Siento decirlo, pero sigo confundido —suspiró Gathercole.

—Claro —dijo Athelinda Playford—. Ya sabía que sería así.